

Sobre el progresismo indolente

Imágenes de la culpabilidad y la moderación afectiva ante la crítica feminista, trans y queer



Nicolás Cuello

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Argentina
cuellonicolas@hotmail.com

El desarrollo de los debates en torno a la cultura de la cancelación, o en un marco general, sobre el *punitivismo* como razón social dentro de espacios institucionales como la universidad pero también en el corazón del campo de la política popular, ha desarrollado una desafiante paradoja. Actualmente estamos experimentando una crisis del mentado pensamiento crítico, en la que sería irresponsable no reconocer el protagonismo que efectivamente han cobrado las voces feministas y queer dentro del campo del saber y la organización político cultural, en las que observamos, por ejemplo, una reterritorialización de aquella seguridad moral que ofrece la ideología autoafirmativa de los grupos, una obsesión por economías de reconocimiento mediático-cultural sobre las que prima el imperativo de la pacificación estratégica y una traducción dolorosa de la potencia de lo común y lo colectivo, en homogeneidad y normalización. Este fenómeno, sin embargo, no sólo se comprueba como efecto de una coyuntura local, o como un rasgo inherente a estos movimientos que han centrado sus análisis en la elaboración de complejas críticas sexopolíticas al poder, sino también como parte de un movimiento global reconstituido por nuevas matrices de agencia organizacional político-militante, cuya condición multitudinaria se compone por individualidades empurecidas que reaccionan de forma ansiosa, y consecuentemente vengativa, a toda aquella experiencia, idea, sujeto que pueda colaborar en la exposición de lo complejo, lo contradictorio, lo paradójico, lo manchado y lo sucio como condiciones inevitables de la existencia social, de la disputa ideológica y de la diferencia cultural.

En este estado de situación, resulta interesante abordar esta figura de la paradoja en la popularización de la crítica antipunitiva y su instrumentalización normalizante e indiscriminada como nuevo desarticulador del conflicto, para así poder comprender, contextualizar y proponer abordajes reparativos a lo que podríamos arriesgarnos empezar a caracterizar como una *reacción progresista*: un modo paranoico e indolente del pensamiento crítico, que apoyado en la cristalización de perspectivas liberalizadas de críticas feministas, trans y queer, tanto en espacios institucionales como alternativos, ha instrumentalizado su posicionamiento antagonista a la punición para enmascarar nuevas formas del pensamiento heterociscentrado, extendiendo nuevos modos de resistencias, desestimaciones y múltiples tecnologías de devaluación de los aportes feministas y queer radicales al conflicto político cultural.

Si prestamos atención, resulta relativamente fácil encontrarnos con análisis políticos que sitúan como razón de ser, como punta de lanza, o como rostro de la condición alarmante en la que se encuentra el pensamiento crítico, a las demandas *excesivas* que

la política feminista, trans y queer han desplegado sobre el conjunto social. Bajo la interpretación de la consecuencia histórica, o del *backlash* político, una parte importante de los movimientos sociales, partidos políticos y marcos ideológicos culturales que organizan la vida activa de nuestro territorio, han legitimado que los señalamientos en materia de crítica sexopolítica, ayer justos y hoy exagerados, han despertado o convalidado en las condiciones de posibilidad del giro conservador en curso. Es cierto que dentro de los movimientos feministas, trans y queer vienen teniendo lugar una amplia serie de debates que intentan poner en discusión el nuevo canon de normalidad, exigencia, coherencia y autoridad que perpetúa una nueva serie de expectativas físicas, discursivas, visuales y performáticas que condicionan el deber ser de la así entendida política de transformación radical en un nuevo dogmatismo de buenas intenciones. Pero es igualmente cierto que este momento crucial, en el que se cruzan la masificación mediática, la instrumentalización multicultural y un régimen de expansión silencioso pero acelerado de nuevos modos de neoliberalización del pensamiento, está siendo utilizado por los movimientos que históricamente han protagonizado aquella figura extraña, convulsa y siempre mutante de la “política progresista”, asentada en el principio de la justicia social, como un potencial chivo expiatorio, una moneda de cambio o un objeto de negación en el cual depositar culpas y desde el cual resistir la responsabilización por el propio daño pergeñado.

Hablar de un devenir indolente del progresismo no pretende participar de una nueva economía del señalamiento orientada por la satisfacción narcisista de un yo-nosotros que concentre la verdad. Más bien, se trata de comprenderlo como un fenómeno, como un desplazamiento incómodo pero sintomático, históricamente situado en un contexto de asedio y asfixia cognitiva a causa del endurecimiento de las condiciones de vida, en un giro tectónico del necropoder a escala global que, entre otras cosas, ha intensificado de modo radical la respuesta ansiosa y paranoica ante la cadena productiva de vulnerabilidad-debilitamiento-precarización que lo constituye. Un proceso que, asumiendo la condición de peligro, sí ha tenido lugar dentro del campo de las políticas feministas, trans y queer, que han reconocido públicamente cómo aquellos desafíos que supieron introducir a los marcos tradicionales de organización de la autoridad simbólico cultural del heterocissexismo dentro de los espacios de producción de pensamiento crítico como de la política movimientista, se reconfiguraron por efecto de la presión moralista de la coherencia y la estabilidad ideológica a gran escala en una fuerza transformativa que perdió su vitalidad singularizante por una rectitud impotente y sesgada ante los procesos conflictivos que implica el hacer de la imaginación política.

La popularización de este análisis en el que se interpreta el giro conservador como una reacción ante la “exagerada crítica” de los feminismos, los activismos trans y queer, volviéndolos protagonistas de la cultura de la cancelación y circunstancialmente reconfigurándolos como únicos sujetos políticos del mentado progresismo, no sólo actúa un consumo estratégico, manipulador y extorsivo de la antipunición, reclamándola como un permiso para el ejercicio de la “perseguida incorrección” –confundida por ellos como “crítica verdadera”, como “verdad incómoda”–, sino que también reescribe, aplasta y saquea el acumulado histórico de los movimientos feministas, trans y queer en su esfuerzo por ser reconocidos como una potencia transformadora de la política más allá de lo *meramente cultural*. Éste ha sido, en efecto, un debate álgido que durante los años noventa creó disputas eléctricas dentro del pensamiento de izquierda y los feminismos queer, y que con un esfuerzo titánico pudo hacer visible que las formas de organización contra la normalidad del sistema sexo-género heterociscentrado eran formas por disputar la producción de lo vivo, del cuerpo, condición de posibilidad de reproducción del capital.

El devenir indolente del progresismo, entonces, puede ser pensado no sólo como parte de este gran giro reaccionario ante cualquier manifestación de lo diferente, de lo otro, sino también como un modo específico en el que dicha crisis de carácter humano, es decir, una crisis que está somatizando una reconfiguración del contrato moderno colonial de la condición humana, reproduce una actualización en las formas históricas de desactivación represiva de la alteridad constitutiva que puede encontrarse una vez que son desestabilizadas las pautas normadas en torno al sexo, al género, al cuerpo y la identidad. Es decir, puede ser pensado en el extenso diagrama de resistencias, involuntarias o programáticas, que devalúan el protagonismo de las diferencias sexuales, genéricas e identitarias en la transformación radical del presente económico político, trabajando, involuntaria o programáticamente, en la conservación o reestructuración estratégica del poder cultural asignado al Hombre, protagonista de la Historia.

Un diagrama que, extrañamente, conecta el ayer de una política convencida de haberse superado a sí misma, dejando de lado su estructura jerárquica, su método maquínico, su representación estable tanto del tiempo y del espacio como del yo, pero en particular, sus prácticas anticipatorias, preventivas y desclasificadoras ante cualquier obstáculo, argumento menor o sujeto marginal que pudiera entorpecer la gran tarea de la transformación social, con una forma de política contemporánea que se supone, discursiva o performáticamente, comprensiva, flexible, multifocal e inclusiva, preocupada por la expansión de derechos, por el reconocimiento de lo múltiple y que ha extendido la noción de justicia social a formas de reparación institucional sobre la continua segregación por razones sexuales o de género. Una conexión que se manifiesta de manera afectiva, como una reacción emocional, que bajo distintas operaciones, imágenes y textos, mantiene vivo el *instinto de moderación* sobre las diferencias del cuerpo como principio ideológico. Un estructura sentimental que organiza la posibilidad de lo político, a través de la garantización de lo “medido”, posicionando un espectro móvil de principios morales que vuelve imperativa la conservación del consenso, promoviendo pautas de seguridad que no admiten la compleja presencia de la desmesura, la confusión, el conflicto y el aprendizaje. Una serie de rasgos que, tradicionalmente hemos identificado en las narrativas de la razón punitiva como forma de gobierno, no sólo administrativa e institucional, sino como un *sistema cultural de producción de imaginarios sobre la seguridad ideológica*.

De esta manera, escuchar la sobreabundancia de perspectivas críticas en curso que hacen llamados, a veces ridiculizantes, a veces serios, sobre los efectos adversos de las demandas progresistas, reducidas como sinónimo a las agendas de los feminismos, los activismos trans y queer, como un modo actualizado de la política afectiva de la moderación, es una forma de diagramar la insistencia y la operatividad molecular desde la que actúan las culturas del control, en tanto condición de posibilidad del común capitalista moderno colonial.

Este devenir indolente del progresismo, entendido como una reducción cultural estratégica, como una desmaterialización activa de la crítica feminista, trans y queer, no sólo forma parte de la vasta cantidad de procesos de actualización y reconfiguración del poder neoliberal en curso, que perfecciona los sistemas de vigilancia y control, acreditación y extranjería, pertenencia y descartabilidad, yuxtaponiendo a la rigidez de las estructuras disciplinares del viejo orden, modalidades renovadas de sujeción dispersa, punición preventiva y moralización jerarquizante de la experiencia sensible, política e ideológica de la vida en común. Sino también, dicho devenir vuelve a trabajar en la continua producción de sujetos peligrosos, seres molestos, cuerpos desechables, que por distintas razones, obturan la estabilidad, ya no sólo del poder mayoritario en curso, sino de los repertorios de la protesta, la resistencia y la transformación social.

El llamado afectivo a la moderación, figurado en medios de comunicación y redes sociales como una invitación a “relajarse”, ha transformado de manera confusa una crítica necesaria a los efectos liberales que han acontecido dentro de los feminismos, los activismos trans y queer, en un nuevo modo enmascarado de extender las condiciones punitivas sobre la alteridad que significa el sexo para la política de raíz heterociscentrada. Un disfraz simbólico y un laberinto argumentativo que centra su fuerza en el ocultamiento de las limitaciones concretas, las contradicciones materiales y los errores fatales de los proyectos político-partidarios que han protagonizado históricamente el mentado progresismo social. Una retracción paradójica, que como decíamos, hace de la aspiración al antipunitivismo, es decir, de la crítica y la resistencia a los procesos de neoliberalización punitiva de los feminismos, los activismos trans y queer, un nuevo modo de invisibilización de las formas de dominio, opresión y desigualdad estructural que operan sobre las diferencias sexogenéricas.

Nos referimos a una crítica excesivamente racionalista que condena la hiper-sensibilidad en otros y se burla de la vulnerabilidad ajena para esconder los propios miedos a estar equivocado, volviéndose una traducción enmascarada de nuevas formas de misoginia, sexismo, arrogancia intelectual y principios androcéntricos coloniales de verdades morales blindadas que operan contra la contingencia que funda la precaria experiencia humana en su encuentro con los otros. Cuando el foco de estas críticas antipunitivas e indolentes ante la adversidad cultural que ha ocasionado el progresismo, está puesto en la necesidad de la libertad de expresión y no en la necesidad transformadora de la escucha comunitaria, podemos decir que se vuelve a replicar aquella imagen liberal de “la iluminación intelectual privada” de unos pocos *versus* “la barbarie emocional de las comunidades”, un modo en el que el pensamiento crítico se transforma en una voz autoritaria que nos disciplina, persigue o castiga con soledad.

Esta nueva economía de culpabilidad que contiene esta desvinculación estratégica y continua ridiculización mediática del progresismo, por parte de actores que históricamente se reconocieron como sus protagonistas, escuda bajo el dictamen afectivo de la exageración y la desmesura, su compromiso performático con lo verdaderamente distinto, develando nuevamente en el señalamiento de aquellos sujetos que encarnan la *diferencia meramente cultural* como razón del fracaso, que los sesgos de autoridad y autorización, validez y rendimiento, que organizan la verdad de la política, mantienen intactos los síntomas de evasión, incapacidad, renuncia e irresponsabilidad ante la compleja tarea que significa sentir, atravesar y comprometerse con el riesgo inherente de la diferencia en tanto vector único de acceso ante aquel significante polémico que pronunciamos como un “mundo mejor”.

En este sentido, poner en jaque los efectos de indolencia de estas versiones mediatizadas en la crítica política que ha convertido *lo progre* en un chivo expiatorio de la responsabilidad colectiva sobre las condiciones del presente, no sólo puede significar una vuelta que restituya la potencia singular de lo distinto, un desacomodamiento del espíritu congelado de la multitud entumecida por la ideología de plataformas y la seguridad moral que ofrece la supremacía consensual del grupo. También puede ser un camino para reconectar con la fuerza vital de los feminismos, los activismos trans y queer, como lugares incómodos, enérgicos, indómitos desde los cuales golpear el pacto *moderado* de lo político, de lo social. Empujar esta crítica sobre este devenir indolente, sobre este no querer sentir el peso de haber elegido el camino más arduo, el horizonte más complejo, el sueño más difícil, que es liberar por fin la fuerza contenida en el control productivo del cuerpo y sus marcas, es una forma, a su vez, de volver nuevamente el antipunitivismo, un espacio inconcluso de conflictos imaginables sobre la convivencia con lo distinto, una arena en disputa eterna por la integración sin síntesis, por la experiencia política sin redención, que a través del tropiezo sistémico, a través del compromiso constante, del sudoroso pacto de volver

a conversar todo, se mantenga como un campo de experimentación existencial, una pregunta colectiva sobre cómo podemos criticar el presente, cómo haremos para escuchar el efecto doloroso de nuestros fracasos, cómo haremos cuerpo el conflicto entre nuestros intereses, procediendo a partir de quiénes somos, de lo que hemos sido, del deseo de mover, de cambiar, de cómo producir ese cambio, sin abandonarnos, sin arrepentirnos de habernos elegido a pesar de ser diferentes, sin hacernos pagar mutuamente el costo de no haberlo logrado.

